

LA VERDAD Y LA IGLESIA

Todos deben escuchar, antes que la voz de su propio ingenio y de las opiniones humanas, lo que dice el Espíritu a las Iglesias por medio de la voz de aquellos que gozan de un "seguro carisma de verdad".

"Todos han de estar persuadidos de que la concordia de mentes y corazón es de suma importancia para el progreso de la Iglesia. Pero para que sea verdadero progreso, todos deben escuchar, antes que la voz de su propio ingenio y de las opiniones humanas, lo que dice el Espíritu a las Iglesias (Apocalipsis 2, 7), por medio de la voz de aquellos que, gozando de un «seguro carisma de verdad». (San Ireneo, adversus haer. I, IV, c. 26, P. G. 7, 1.058), preservan a la Iglesia, como afirma el Sumo Pontífice, «de sacrificios doctrinales, constitucionales, litúrgicos, disciplinares, que no pueden hacer sin menoscabar su fidelidad a la verdad del Evangelio y de la tradición que de ella se deriva» (mensaje radiotelevisado a los participantes en el «diálogo ecuménico», 13 de abril de 1966).

PAULO VI: Carta de Su Secretario de Estado al Congreso Teológico Posconciliar de Toronto. (Textos inglés e italiano en *L'Osservatore Romano* del 25 de agosto de 1967; texto en castellano: *Ecclesia*, núm. 1.356, 9 de septiembre.)

No se pueden reivindicar los derechos de la conciencia moral, libre y responsable de sus actos, frente a los derechos de la verdad.

"La solicitud por la fidelidad doctrinal, que fue al comienzo del reciente Concilio anunciada de una manera tan solemne, debe por esto mismo guiar este período nuestro posconciliar y con tanta mayor vigilancia por parte de quien en la Iglesia de Dios ha recibido de Cristo el mandato de enseñar, de defender su mensaje y de custodiar el «depósito» de la fe, cuanto más numerosos y más graves son los peligros que hoy la amenazan; peligros enormes a causa de la orientación irreligiosa de la mentalidad moderna y peligros insidiosos que del interior mismo de la Iglesia se insinúan por obra de maestros y de escritores, deseosos, sí, de dar a la doctrina católica una nueva expresión, pero a menudo más deseosos de acomodar el dogma de la fe al pensamiento y al lenguaje profano que de atenerse a la norma del magisterio eclesiástico, dejando así libre curso a la opinión de que, olvidadas las exigencias de la ortodoxia, se pueden es-

"coger las verdades de la fe, a juicio de una instintiva preferencia personal, parecen admisibles, rechazando las demás, como si se pudiesen reivindicar los derechos de la conciencia moral, libre y responsable de sus actos, frente a los derechos de la verdad, sobre todo los de la divina revelación (cfr. Gal., 1, 6-9), o como si pudiera someterse a revisión el patrimonio doctrinal de la Iglesia para dar al cristianismo nuevas dimensiones ideológicas, muy diversas de las teológicas, que la genuina tradición delineó, con inmensa reverencia al pensamiento de Dios.

"La fe, como sabemos, no es fruto de una interpretación arbitraria, o puramente naturalista, de la Palabra de Dios, como tampoco es la expresión religiosa que nace de la opinión colectiva, falta de una guía autorizada, de quien se dice creyente, ni mucho menos es la aquiescencia a las corrientes filosóficas o sociológicas del momento histórico que fluye. La fe es la adhesión de todo nuestro ser espiritual al mensaje maravilloso y misericordioso de la salvación que se nos ha comunicado por las vías luminosas y secretas de la revelación; no es sólo búsqueda, sino ante todo certeza; y más que fruto de nuestra investigación es don misterioso que quiere dóciles y disponibles para el diálogo con Dios, que habla a nuestras almas, atentas y confiadas".

PAULO VI: Discurso en la apertura del sínodo de los Obispos, 29 de septiembre de 1967 (texto latino e italiano en *L'Osservatore Romano* del 30; texto en castellano: *Ecclesia*, número 1.360, 7 de octubre.

Dificultades para entender a Dios por la confusión del pensamiento humano de hoy. Peligros del abandono del "ars cogitandi".

"¿Cómo se ha llegado a estas conclusiones que para el cristiano son absolutamente inaceptables, y por ello fuente de agudo desánimo espiritual, y estímulo para reacciones mentales y prácticas que lo sitúan en un estado complejo de angustia, de polémica, de esfuerzo mental?

"A este respecto os pecaréis de la dificultad característica de esta hora incierta y revuelta del pensamiento humano; éste ha perdido confianza en sí mismo. No quiere ni lógica formal ni metafísica; no quiere sistemas orgánicos de verdades, por autorizadas que sean; no quiere razonamientos probatorios y silogísticos; no quiere esquemas prefijados y ordenados; todo es mío, todo es discutible, todo es incierto; sólo el pensamiento científico conserva un valor provisional, sin que el mismo pueda

"esclarecer los profundos problemas de la inteligencia y pueda
"dar a la vida y sus exigencias espirituales y religiosas cualquier
"útil respuesta. El pragmatismo suple de algún modo este vacío,
"pero a menudo más que agudizar el hambre de verdades supre-
"mas que para saciarla.

"Pero vuestra exploración, como quiera que no se da sin fa-
"tiga (¿cómo comprender a veces el significado de un lenguaje
"especulativo arbitrario y de un procedimiento lógico totalmente
"subjetivo que la discusión filosófica actual nos presenta?), así
"tampoco carece de peligro. El abandono del «ars cogitandi», a la
"que el honesto uso del «buen sentido» y la sabia iniciación en
"el pensamiento humanístico-escolástico nos han habituado, hace
"perder la brújula de una orientación hacia la verdad, a la cual
"se tiende sin tener ya la guía de criterios seguros de razona-
"miento, pero casi atraídos por ciertos contrapesos parciales y
"momentáneos que encantan precisamente por nuevos, por ori-
"ginales, por no perjudicarles, por genialmente formulados, pero
"capaces de aportar más confusión que claridad, más des-
"aliento que confianza. No es éste vuestro caso, ciertamente,
"porque estáis anclados en la certeza de vuestra formación cris-
"tiana; pero quizá es el caso de tantos espíritus, ya en los ce-
"náculos de la cultura para los iniciados, ya de las multitudes de
"hombres que piensan con el cerebro de otros y que son condu-
"cidos por las corrientes de la opinión pública. Mirando a esta
"situación del pensamiento contemporáneo se comprende cómo la
"afirmación de Dios se oscurece y casi se disuelve; y contem-
"plando desde la orilla sólida y amiga, desde la que se desenvuelve
"nuestro ministerio de salvación cristiana, el espectáculo impre-
"sionante del desastre mental de tanta gente de nuestro tiempo,
"viene a nuestra memoria la imagen tremenda de las arenas mo-
"vibles sobre las cuales parece a veces que están tratando de ca-
"minar y de avanzar tantos que han preferido a la solidez de
"la vieja sabiduría y de nuestra misma orilla la peligrosa y aven-
"turada excursión en el terreno inseguro de las modernas filo-
"sofías; es entonces cuando quisiéramos gritar, lejanos de hecho
"pero cerquísimos con el corazón: «¡Prestad atención!»; y qui-
"siéramos tender una mano o señalar una salida".

PAULO VI: Discurso al Congreso del Movimiento de Graduados de Acción Católica Italiana (29 de agosto de 1967; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 1 de septiembre; texto en castellano: *Ecclesia*, núm. 1.357, 16 de septiembre).